

1ª Edición: año 2018

Copyright: Antonio Rodríguez Pineda

Copyright de esta edición: Editorial Granada Club Selección

I.S.B.N.: 978-84-17712-09-9

Depósito legal: GR 1515-2018

Edita: Editorial Granada Club Selección

Empresa Distribuidora: Editorial Granada Club Selección

Avda. de Andalucía 16.

18611 MOLVÍZAR (Granada)

Teléfono Redacción: 958 62 64 73

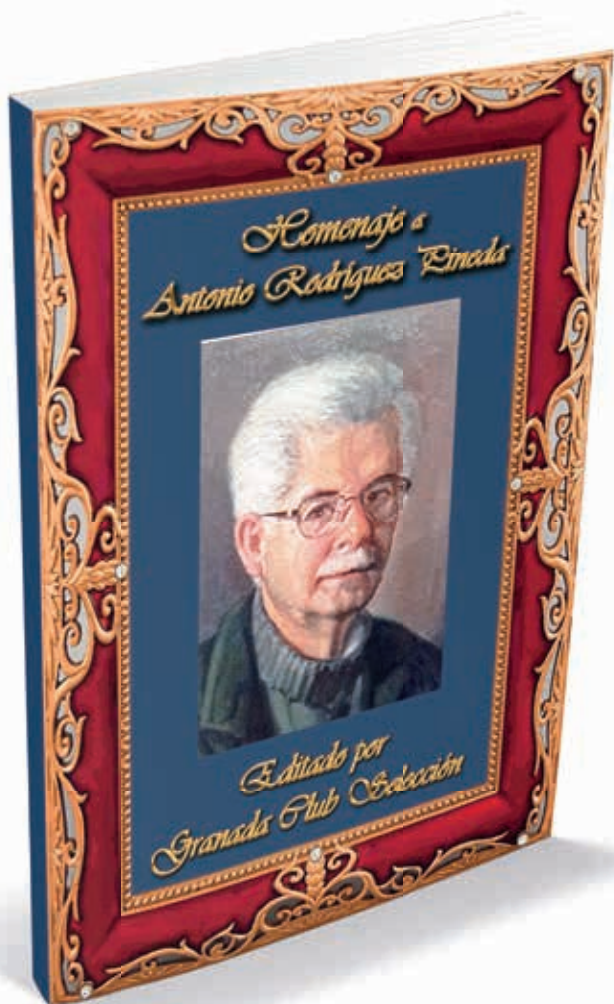
E-mail: editorial@granadacosta.net



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa y por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante cualquier alquiler o préstamos públicos.

LA FUERZA DE UNA ILUSIÓN

(RETRATO AUTOBIOGRÁFICO DE ANTONIO RODRÍGUEZ PINEDA)



GRANADA CLUB SELECCIÓN

*A mi esposa Carma,
a mis hijos y a mis nietos.
Mis grandes amores.*

Premio Libro Homenaje a
Don Antonio Rodríguez Pineda

Reunido el jurado de premios y distinciones del Proyecto Nacional de Cultura Granada Costa en sesión extraordinaria el día veinte de enero de 2018, acuerda por unanimidad conceder el Premio libro Homenaje a **Don Antonio Rodríguez Pineda**, en reconocimiento a los méritos excepcionales que, a lo largo de muchos años, ha venido dando prueba en todos los actos culturales que hemos organizado, bien exponiendo sus pinturas como en el año 2009, cuando participó en una exposición de pintura organizada por Granada Costa en Molvizar donde se alcanzaron las 1000 obras, más su aportación en bastante exposiciones que en estos últimos años se han realizado, motivos en los que se basa este jurado para concederle el Libro Homenaje **Proyecto Nacional de Cultura Granada Costa**.

José Segura Haro
Presidente del jurado de premios y distinciones del
Proyecto Nacional de Cultura Granada Costa

PRÓLOGO

Reconozco, antes que nada, que en mi larga y prolífera andadura de *amanuense* inquieto, atrevido y — a veces — osado y provocador, jamás había tenido la oportunidad de escribir sobre una persona como el protagonista de este libro.

En centenares de ocasiones he escrito, sobre y acerca, de personas de todas las clases, condición, pelaje y catadura moral. He llegado, incluso, a escribir sobre y de ... algunas (muy pocas) personas buenas. Pero en muy escasas ocasiones tuve la oportunidad de loar o alabar a alguien como este entrañable ser humano y como este magnífico artista. No abundan en absoluto las «*rara avis*» en un mundo donde los pícaros, los trepas y los *saltabalates* proliferan más que las moscas.

He de admitir también que, por la amistad que nos une y por la admiración que siento por él, no puedo —ni debo— ser objetivo. Ni quiero serlo.

...A los que no conozcan ni hayan tratado nunca a Antonio Rodríguez Pineda («*Pineda*»), he de decirles —clara y honestamente— que Antonio pertenece a ese reducido grupo de personas que vienen a este perro mundo... sólo a hacer el bien. Y lo hacen durante toda su vida. Desde que nacen hasta que mueren. Sin tregua alguna.

Ellos pertenecen a esa minoría de seres humanos que no pueden dañar ni hacer nada malo a nadie. Y no lo hacen porque, simplemente, no sabrían hacerlo. Son —intrínsecamente— buenos hijos; buenos niños; buenos padres; buenos esposos y buenos amigos. Y si alguien que no me conozca está pensando que soy un adúlador ... es que no me conoce en absoluto. Que pregunten por mí o repasen mis produc-

ción periodística y literaria y saldrán de esa duda. Por lo tanto, está claro que —objetivamente hablando— mis comentarios no son ni gratuitos ni banales. Antonio, desde que andorreaba con pantalón corto por la calle Espejo de su Motril natal; cuando esperaba el paso de los acarretos cargados de cañas de azúcar camino de los *trapiches* azucareros; o cuando pasaba las horas muertas mirando a los jugadores del Motril CF, en el viejo y desaparecido estadio de **El Majuelo**, soñando un día ser él uno de ellos, era un niño feliz. Humilde como muchos, pero feliz como pocos.

Cuando el jovencísimo *Pineda*, aún con pantalón corto, estudiaba en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de su ciudad natal; cuando pintaba primerizos cómics con lápices Alpino y borraba trazos con los trocitos de gomas Milán, ya soñaba con pintar, pintar, pintar y ser —algún no lejano día— pintor. Era un niño ilusionado. Y modesto (Y no cometo ninguna indiscreción si digo que en esos primeros tiempos, ese niño se construía, él mismo, sus pinceles. Lo hacía con unas varitas de madera y...;con mechones de su propio cabello!).

Antonio llegó a Madrid sin barba, y con una maleta de cartón duro, repleta de sueños e ilusiones. Y en la capital del reino, muy lejos de su Motril natal, de su playa del **Pelaillo**, de su **Rambla de Capuchinos**, de su verde **Vega** de cañas de azúcar y del olor a salitre marino, inició su andadura en el mundo del arte,

Y anduvo, luchando en silencio y siempre, con la sonrisa, con la educación como carta de presentación y su in-nata humildad, como su documento de identidad.

Y Antonio, en Madrid, pintó. Y exploró formas y estilos. Y sus bodegones, sus retratos, sus paisajes y sus marinas fueron expandiéndose por toda la geografía española. Y por decenas de rincones de la vieja Europa. Y por países tan

lejanos como Japón. Y sus exposiciones, (particulares o colectivas) fueron floreciendo por las principales ciudades, como brotan las flores de los almendros de su entrañable y querida Andalucía.

Como artista, brillante. Como persona, con una bonhomía ejemplar y envidiable. Y buen esposo. De eso puede dar fe su fiel y primorosa compañera, Maricarmen. Su *Carma*, que le acompaña y ama desde aquellos ya lejanos días de noviazgo en el cortijo de la calle de **Las Cruces**. Y como padre, su trío de primorosos vástagos (*José Manuel, Yolanda y Javier*) pueden atestiguar lo que digo. Buena persona y excelente artista.

Reconozco que no puedo, que no quiero y que no tengo por qué ser objetivo. Pero la modestia, la bondad, y la valía artística de este motrileño de nacimiento, y madrileño de adopción, es — objetivamente — incuestionable.

Manuel Fernández Olvera
(Madrid, junio de 2018)

AGRADECIMIENTO

Hoy, veinte de marzo de 2.018, a mis setenta y ocho años de vida, hago un alto en mis pinceles y me siento para intentar escribir una pequeña biografía de mi vida. Centrada, fundamentalmente, en mi larga trayectoria artística.

Antes de esto, he realizado una ardua tarea de recopilación de fotos, entrevistas y críticas, así como una recuperación y ordenación de tantos y tantos recuerdos de mi vida artística desde que, siendo muy niño, mi ilusión y mi vida se dejó atraer y llevar por la creación artística, por la pintura y ese mundo tan maravilloso. Con estos modestos recuerdos creo que cualquier persona puede hacerse una idea de mi forma de sentir y vivir la pintura.

Esto va a ser posible gracias el equipo de personas que componen la redacción del periódico "Granada Costa" y a su director, mi gran amigo Pepe Segura, que me han otorgado el honor de editar este libro, como reconocimiento a mi aportación al periódico en exposiciones numerosos actos culturales organizados por este entrañable medio de comunicación.

Han sido más de una decena de años, una etapa muy fructífera, de actos y actividades culturales, en los que he tenido la suerte de conocer a muchos escritores, poetas y artistas, que han llenado mi vida de sentimientos comunes y forjado amistades profundas. Por todo ello, estoy muy orgulloso de pertenecer, como socio, a ese amplio colectivo que forma ese entrañable medio de comunicación que es "Granada Costa", aquí me tienen y tendrán siempre para colaborar en todo aquello en lo que yo, modestamente, pueda.

Quiero, también, como no podía ser de otra manera, manifestar mi agradecimiento a todas aquellas personas que han colaborado en que esta publicación salga a la luz.

I

Nací en Motril (Granada), un siete de septiembre de 1939, en el seno de una familia modesta y trabajadora, donde me inculcaron siempre la honradez y las buenas costumbres. Mis padres siempre hicieron todo aquello que podían para mi bienestar, que aun siendo poco en una familia modesta, fue mucho teniendo en cuenta que acababa de finalizar la Guerra Civil. Eran tiempos y años muy duros que a mi familia le tocó vivir, como a tantos y tantos padres e hijos de tantos y tantos miles de españoles. Pero yo tuve la suerte de que mis padres me sacaron adelante con mucho esfuerzo, mucho cariño y amor. Cariño que siempre sintieron por mí.

Mis primeros recuerdos me vienen de la motrileñísima calle Santísimo, la popularmente conocida como calle del "*Cementerio*". Ubicada en la actualidad con el número 34, lugar de mi nacimiento. Fue una niñez muy feliz. Y sencilla. Muestra de ello es cómo en mi mente, brotan aquellos recuerdos de los seis o siete años, cuando al pasar la comitiva de algún entierro, yo me dejaba atraer por la multitud que acompañaba al féretro y me unía a la gente hasta llegar al camposanto, donde el finado pasaba al interior del cementerio y la gente iba disolviendo el grupo y cada cual se iba haciendo comentarios de la persona fallecida. Y los niños que nos habíamos unido al entierro, atravesábamos el barrio de la Vaquería y las Casas Nuevas y nos acercábamos al cercano estadio de fútbol "*El Majuelo*", para ver si había entrenamientos o partido de fútbol. Y ante una cosa u otra,

nos quedábamos embelesados viendo a los jugadores de fútbol del principal equipo de la ciudad. El fútbol fue mi primera pasión. Ver y jugar al fútbol era una de mis felicidades más entrañables de mi más tierna infancia.

Algunos años después nos fuimos a vivir a la casa de mi abuela materna, ubicada en la calle Espejo. Allí tenía ya algunos muy buenos amigos. En la calle Carretas vivía un gran amigo, que luego fue muy buen profesor de pintura en Jaén y un gran pintor: José Melero. Muy cerca, en un bajo de la plaza donde convergían estas calles, Antonio Carrascosa que tenía un taller de bicicletas, donde pasábamos horas y horas charlando. Allí contábamos historias de juegos y futbolistas. Aquellos fueron mis mejores años como jugador de fútbol. Recuerdo que esperábamos la hora de salir del colegio con gran ilusión, para jugar con los amigos del barrio partidos de fútbol, en las plazas cercanas a la Rambla de Capuchinos.

En la Rambla había un equipo de fútbol integrado por niños que vivíamos en los alrededores cercanos a esta arteria principal de la ciudad. Yo jugaba en este equipo y recuerdo que en varias ocasiones fui seleccionado para integrar la selección motrileña que participaba en la liga provincial. Y recuerdo cómo nos llevaban desde Motril hasta la capital en el portalón trasero de un camión, por una carretera tan zigzagante y a una velocidad tan lenta, tan lenta que cuando llegábamos a la altura de Dúrcal a algunos nos daba tiempo de saltar del camión, coger algunas naranjas rápidamente, correr un poco y volver a montar en el camión y comernos las naranjas que habíamos cogido.

...Otro recuerdo, muy grato, de mi niñez era la de juntarnos en grupo para ir a chupar cañas de azúcar, en tiempo de *“la monda”* (denominada modernamente como **La Zafra**). Esta *“aventura”* consistía en esperar, medio escondidos, tras la esquina de una calle, a que pasaran los *acarretos* car-

gados de cañas. Y cuando llegaban a nuestra altura los burros y los mulos cargados de gavillas de cañas de azúcar, tirábamos de alguna caña, con todas nuestras fuerzas, hasta que conseguíamos sacarla. A veces, al tirar con fuerza para desprenderla, la carga se tambaleaba y el animal apresuraba su marcha para librarse de nosotros y no caer. Los arrieros, cuando se percataban del “asalto”, empezaban a gritar y vociferar improperios y sacaba la vara de arrear a los animales que llevaba metida en el cinto y en actitud amenazante, nos perseguía hasta que desaparecíamos de su vista. Con la rapidez que actuábamos, nunca nos cogía. Luego, con el “botín” de cañas, nos sentábamos en algún tranco de alguna casa y pelando las cañas con nuestros propios dientes, troceábamos la caña pelada en pequeños canutos que nos repartíamos y con gran placer molturábamos hábil y satisfactoriamente, con las muelas de nuestras bocas y saboreábamos y engullíamos el dulce y ansiado jugo de nuestra entrañable caña de azúcar. Esto, en realidad, era una pequeña travesura de críos sin mayor maldad.

En nuestra vida de niños. No todo era jugar al fútbol. Teníamos otros juegos, fundamentalmente callejeros. Jugar al *poli mocho*, a las *chapas*, a *piola*, al *clavo*, al *churri-churri*, al *trompo*, a las *plazas*, a las *cuatro esquinas*, a *policías y ladrones*...en fin, nuestra vida y nuestro ocio —de niños— se realizaba, fundamentalmente, en la calle.

Al primer colegio que fui estaba ubicado junto a la Plaza del Mercado Municipal, justo donde estaba la capilla de *Los Hospitalicos*. Era el Colegio Nacional Cardenal Belluga y, obviamente, era el colegio donde asistían los hijos de las familias menos pudientes de Motril. Pero pese a la excesiva austeridad del centro, tengo muy buenos recuerdos del tiempo que pasé en sus viejas paredes. Uno de los maestros que más y mejor recuerdo era don Antonio Ayudarte. Nunca olvidaré cuando este hombre enérgico y con casi dos

metros de altura, me sacaba a la pizarra —tendría yo unos seis añitos— para que dibujara alguna casita, animal o algo que viniese a cuento para ilustrar el texto de la lección del día que mi maestro había escrito en la pizarra. Yo salía y, casi temblando, dibujaba como podía y sabía, lo que don Antonio me pedía. En ese tiempo fue cuando se despertó en mí la ilusión por el dibujo y algo vería el maestro. Supongo yo.

Después de dos o tres años allí, mis padres me apuntaron en un colegio de pago, el *Dulce Nombre de María*, siendo su maestro y director don Manuel Castillo Villalba, que aunque de muy baja estatura era un buen profesor.

Ni que decir tengo que en los recreos el juego que copaba nuestro tiempo era...jugar al fútbol.

En este colegio acabé mis estudios primarios.

II

Apenas tenía diez años, cuando mi otra pasión —la mágica ilusión que el dibujo despertaba en mí— entró en mi mente y, día a día, iba creciendo el interés por esta modalidad artística.

Recuerdo, nítidamente, aquellas madrugadas (siendo aún de noche) en que me levantaba cuando mi padre se iba a trabajar a la fábrica de azúcar “San Luís” ubicada en el Camino de Minasierra. Me lavaba la cara y toda mi ilusión era ponerme junto al *anafre* de la chimenea y, bien calentito, leía algunos de los comics de la época: *El Guerrero del Antifaz*, *Roberto Alcázar y Pedrín*... Una vez vistos y leídos, los dibujaba. Una y mil veces dibujaba viñetas de estos cuentos que, en aquel tiempo, eran los que estaba en pleno auge.

Leyendo, observando todos los detalles y dibujando fui aprendiendo. En la soledad de las madrugadas yo leía, contemplaba las viñetas dando rienda suelta a mi imaginación. Me imaginaba cómo el dibujante había ido trazando las caras, los cuerpos y la acción de los personajes. Mentalmente, iba completando dibujos y viñetas de aquellos ajados comics que yo conservaba como oro en paño.

Hasta que a los doce años escribí y dibuje el primer comic de mi vida teniendo el atrevimiento de enviarlo a la Editorial Bruguera, de Barcelona. Aquella editorial, con muy buenas palabras, me mandó una carta donde me ofrecían todo el apoyo del mundo, pero diciéndome también que debía seguir estudiando y practicando el dibujo y, quizás más adelante, podrían darme mejores noticias.

III

A medida que esto ocurría, empecé a practicar con el óleo. (Por cierto, he de reconocer que, al principio, yo tenía que fabricarme mis propios pinceles con unas varillas y mechones de pelo de mi propio flequillo). Mis primeros cuadritos eran en láminas de tablex y los hacía para mis padres y algunos familiares y resultaron un descubrimiento para algunas personas cercanas que ignoraban mi afición por la pintura. Mis padres tenían sus dudas sobre esta “desmedida” afición de su hijo. Para ellos esto no era un trabajo ni seguro ni rentable. No tenía —según la sociedad rural donde vivíamos— porvenir alguno. Por eso me inculcaban la idea de que, más temprano que tarde, debía entrar a trabajar en la fábrica de azúcar y aprender el oficio de mecánico tornero. Ese, me decían, era un buen trabajo y con mucho porvenir. Y aunque a mí, eso no me gustaba, respetaba que mi padre intentaba buscarme un buen trabajo que fuese seguro y estuviese bien remunerado. Todo buen padre siempre quiere lo mejor para sus hijos. Mi padre tenía esas dos condiciones: era un buen padre que quería lo mejor para sus dos hijos: para mí y para mi hermana Mary.

Pese a mi respeto por lo que mis padres decían y querían, yo seguía empeñado aprendiendo a pintar y a dibujar. Así empecé a tener algunos encargos de amigos y familiares y fui ganando las primeras pesetillas. Y eso...me animaba aún más a seguir practicando y aprendiendo de lo que tanto me gustaba.

Como la mayor parte de mi actividad lúdica estaba repartida entre el fútbol y la pintura, cualquier cosa relacionada con estas dos pasiones, me atraía como la miel a las moscas. Por eso, al pasar por la fachada del cine Coliseo Viñas, los carteles me atraían como un imán. Y eso me llevó a conocer a un buen hombre, mi amigo Alba. Este hombre era un pintor extraordinario que dibujaba los carteles de las películas que se proyectaban en el cine. Yo, de pequeño aún, me iba a un lateral de la fachada y, a través de una ventanilla muy pequeña, lo veía pintar. Y a través de los ratos que me tiraba observándolo, él se fijó en mí y trabamos amistad. Y así fue como, antes de venir a Madrid, fui su ayudante en varios trabajos que me pidió que le ayudara. Y mientras lo hacía, me daba instrucciones y consejos que fueron engrosando mi aprendizaje. Todo lo que yo intuyera que podía servirme para aprender, me interesaba.

Sobre los doce años me apunté a clases de dibujo en la escuela de Artes y Oficios Artísticos, donde fui alumno de don Francisco Mejías López. Un ilustre motrileño, buen hombre, excelente pintor y escultor, del que aprendí técnica y me reforzó aún más mi amor y pasión por la pintura. Él me hizo mucho hincapié en que me fuese a Madrid, que saliese de Motril, porque en la capital sí había muchas más oportunidades que las nulas de mi patria chica.

Por aquella época se encontraba en Motril el gran pintor almuñequero don Antonio Domínguez de Haro. Un día lo encontré en plena calle, pintando el Santuario de la Virgen de la Cabeza. Como es natural, me quedé extasiado viéndole cómo pintaba y mi interés me llevó a entablar una muy grata conversación con él, donde yo le expuse todos mis deseos, todas mis inquietudes y mis ilusiones sobre el mundo de la pintura... Al día siguiente, don Antonio se presentó en mi casa y le enseñé los trabajos que por allí tenía. Creo que algo debió ver en mis dibujos que el hombre me

dio una muy buena opinión sobre ellos y me aconsejó, como ya hiciera don Francisco Mejías, que me viniese a Madrid. Con don Antonio Domínguez trabé una buena amistad que perduró en el tiempo.

Con este nuevo consejo y con mi pasión por la pintura, no me quedó más remedio que exponerles a mis padres mis deseos. Al principio tenía muchas dudas de que me diesen su aprobación. Era muy joven y sabía lo que ellos pensaban sobre el tema. Pero, al final, quedaron convencidos de que si era lo que yo quería, aceptaron que fuese a Madrid. Acordamos que probase suerte durante un par de meses y si no me iba bien, que volviese a casa, a Motril.

IV

Así fue cómo, justo dos días antes de cumplir los dieciséis años —el 5 de septiembre de 1.955— cogí el autobús (la “*Alsina*”), entre llantos y temores de mis padres, hermana y algunos parientes, mi vida encauzó su nuevo rumbo. Primero a Granada, a donde llegué esa misma tarde. Y esa misma noche subí a aquel viejo tren de madera y cuyo trayecto hasta la capital del reino se hacía eterno. Y aunque llegué a mi destino cansado de tan pesado viaje, llegué a *El Dorado* con una vieja maleta medio vacía pero con una cabeza y un corazón repleto de ilusión. Creía y quería que allí, en Madrid, me “iba a comer el mundo”.

Nada más bajar del tren y poner el pie en el andén, pasé por dos situaciones que nunca antes había vivido. La primera, mi gran asombro al contemplar la enorme aglomeración de gente que pululaba —yendo y viniendo— por todas las dependencias de la descomunal estación de trenes. Nada parecido a la que había en la capital de mi provincia de origen. Y lo segundo que me aconteció fue que apenas había andado dos o tres pasos por el andén, cuando se me acercó un “policía armada”, saludó tocándose el ala de la gorra de plato que llevaba puesta y me dice que haga el favor de acompañarlo al puesto de policía de la estación (de Atocha). Yo, preocupado, y algo temeroso por no tener ni idea de qué pasaba, seguí al guardia.

...Al cabo de diez o quince minutos todo quedó aclarado. El policía se percató de mi juventud y que venía sólo y me llevó al puesto para indagar quien era, de dónde venía y a

qué venía y si tenía consentimiento paterno para viajar sólo. Tras una serie de preguntas al respecto y ante mis respuestas, avaladas por una carta de presentación para un tío de mi madre que vivía en Madrid, donde ella le pedía que si podía me alojara en su casa o bien me buscara una pensión, los policías me dejaron irme y salí de la estación. Y si me asombré cuando vi, por primera vez, el trajín de la estación de Atocha, el ir y venir de gente y vehículos que me encontré en la calle me causó mayor asombro.

Cogí un taxi y me encaminé en busca de la casa de mi primo Antonio Peña Villegas y su esposa Magdalena, quienes —una vez allí— me acogieron con verdadero cariño y supieron buscarme una pensión cerca de donde ellos vivían, estaba ubicada en la calle Rodríguez San Pedro. Allí, en esa pensión y en esa calle viví mis siguientes nueve años hasta 1.965, año en que contraje matrimonio.

Allá por los años 1.959 y en uno de mis viajes a Motril, tuve la ocasión de conocer a una jovencita amiga de una prima mía, salíamos en grupo y aquella jovencita me fue deslumbrando, tanto por sus ojos rasgados, pómulos salientes y su grácil figura, elementos más que suficientes para quedar prendado de ella. En un viaje que hizo con su padre a Madrid, fue definitivo para que naciera entre los dos, este amor y cariño, que después de tantos años de matrimonio, aún perdura.

Mari Carmen Martín Muñoz llegó a Motril procedente de Palma de Mallorca, aunque nació en Bilbao, su padre quiso volver a su tierra originaria con su familia, esposa y cuatro hijos, Francisco, Mari Carmen, Manuel y Juani, después nacería Emilia.

El noviazgo fue curioso: yo vivía en Madrid y nos veíamos pocas veces al año, el carteo fue intenso, de carta diaria y para colmo, tuve que hacer el servicio militar en el Sahara

Español y estuvimos un año sin vernos. Un 21 de julio de 1.965 contrajimos matrimonio.

Cuando nos casamos nos fuimos a vivir a un piso en Aravaca, donde vivimos nueve años, durante ese período de tiempo nacieron nuestros tres hijos: José Manuel, Yolanda y Javier. Fue una etapa de nuestra vida, que también recuerdo con mucho cariño. Y de ahí nos fuimos a vivir al otro extremo de Madrid, a la calle Fermín Caballero, donde nos ubicamos y fijamos nuestro domicilio.

JUNTOS

*Vivir soñando o soñar viviendo. ¡Qué gran verdad!
Las aves en su nido sueñan con echar a volar.
Sueña el hombre, queriendo imitar
y sólo su mente tiene libertad.
¡Volar! ¡Volar soñando! ¡Soñar viviendo!
Hoy yo quiero soñar que vivo y te siento.
Toma mi mano y sigamos viviendo.
Este sueño de vida, que llevamos dentro.
Han transcurrido muchos años.
Se los llevo el aire, inexorablemente lo hizo el tiempo.
Soñamos en nuestra juventud caminos largos y densos,
y llegado nuestro otoño, seguimos viviendo.
Viendo crecer las semillas, de hijos y nietos.
Y como la espiga caza al viento,
quiero cazar tus sueños para seguir viviendo.
Y juntos seguir soñando, soñando despiertos.*

Mari Carmen Martín Muñoz
"Carma"

V

Volviendo a mi llegada a Madrid, recuerdo que lo primero que hice tras instalarme en la pensión que me había buscado el primo de mi madre, fue inscribirme como alumno en la Central de Artes y Oficios. Mi profesor de pintura en este centro fue don Emilio Molina Nuñez, un gran pintor de temas costumbristas y retratos, con quien aprendí muchas cosas, gracias —mayormente— al interés que yo tenía por aprender. Con esto queda dicho todo.

En la asignatura de dibujo me tocó de profesor don Antonio Solís, buen pintor y también dibujante del periódico ABC de Madrid en aquella época; don Antonio Solís era, como persona, un buen hombre y como enseñante muy cualificado. Con él entablé una gran amistad y fuimos muy buenos amigos hasta que falleció. Murió estando yo en el Sahara, cumpliendo con el servicio militar, o sea: haciendo la “mili”, cómo se decía popularmente. Recibiendo sus enseñanzas estuve cinco años, asistiendo puntualmente a su estudio de la calle Atocha donde aprendí muchas cosas que a mí me gustaban y deseaba aprender. Sus sabias explicaciones y la contemplación de su técnica viéndolo pintar, fueron fundamentales para pulir mi aprendizaje y para mi formación como pintor. Formación que ya iba encajando mi ansia y mi interés por el mundo de la expresión plástica.

Otro pasaje de mi aprendizaje fue la asistencia, durante todo un curso, la academia de Bellas Artes. Durante todo ese tiempo pude practicar el dibujo de la figura humana al

natural. Eso, junto con las clases de pintura me ayudó en casi todos los aspectos artísticos.

Volviendo al aspecto humano y a mi vivencia de aquellos primeros meses de mi estancia en Madrid, para mí, fue una experiencia muy bonita: asistía a clases, iba conociendo gente y haciendo amigos, buscaba locales para dejar los dibujos y pinturas que hacía, participé en una exposición colectiva de alumnos en la Plaza Mayor. Todo bonito y lo que yo siempre había soñado. Pero...como principiante, apenas vendía nada de lo que pintaba y el dinero (setecientas pesetas) que me habían dado mis padres, se iba acabando y al cabo de dos meses ya no me quedaba nada. Yo me esforzaba por vender algún cuadrito de los que hacía para, al menos, conseguir pagar la pensión donde me alojaba. Esto, a duras penas, lo conseguía, pero la cosa no daba para más. Para comer, no me llegaba. A partir del tercer mes, mi situación era angustiosa. Pero el tesón, la voluntad y el deseo de conseguir la ilusión y el sueño de mi vida y —por otra parte— la angustia de tener que regresar a Motril sin alcanzar lo que tanto había soñado...hicieron el milagro.

Pasé cuatro meses que no se los deseo a nadie. Absolutamente a nadie. Mi desayuno era vestirme y salir a la calle con varios cuadritos debajo del brazo y recorrer Madrid buscando locales donde vender alguno de mis trabajos. Unos días por las calles de una zona y otros por otra. Y, la comida me daba igual. Sobre medio día, regresaba a la pensión sin haber tomado absolutamente nada de nada. Me echaba en la cama un rato, luego pintaba, más tarde me aseaba y, al oscurecer, me iba a mis clases de Artes y Oficios. Pero nadie advertía ni se enteraba de si había comido o no. Algunos días que conseguía vender algún cuadrito, como era bien poco lo que me pagaban, compraba medio kilo de higos secos que repartía en varios tarros para dosi-

ficarlos para varios días y así no abusar ni comérmelos en una sola vez. Esta situación la llevaba en silencio y procuraba que nadie se percatara. La dueña de la pensión creía que todo me iba muy bien; y no digamos de mis padres a los que sólo le contaba las maravillas que veía y lo contento que estaba con las clases que recibía. Todo maravilloso. De cara a ellos, claro.

El primo de mi madre, Antonio Peña y su mujer, Magdalena, me invitaban a comer algún que otro domingo. Ese día, para mí, era una fiesta, una felicidad, pues allí podía comer con normalidad, cosas que me eran habituales y, por otro lado, sentía calor familiar que escaseaba casi tanto como la comida. Siempre les agradecí, y les agradeceré, lo feliz que me hacían con esos momentos tan entrañables que me proporcionaban.

Pasado el tiempo, al cabo de tantos años, he pensado muchas veces en lo que hice, en la barbaridad que cometí siendo todavía casi un niño, de estar cuatro o cinco meses sin apenas comer y sólo en una urbe tan grande como Madrid y tan lejos de mis padres. No llego a entender cómo pude aguantar esa situación. Pero...se ve que el cuerpo —y la mente— de un ser humano da mucho de sí y sabe aguantar cuando hay un deseo, un motivo que justifica semejante barbaridad. Se ve que sí.

VI

..Poco a poco fui conociendo lugares y gente. Y fui dejándome conocer. De los primeros años en la Escuela de Artes y Oficios aún guardo la amistad de quien ha sido mi mejor amigo en Madrid, Antonio Ardiz Sánchez, los dos foráneos de la capital, entablamos una buena amistad como compañeros de estudios artísticos. A día de hoy nuestra amistad perdura junto a su esposa Yanina. A partir de estos momentos fui dejando y vendiendo cuadritos en varias tiendas de marcos y también contacté con el dueño de una imprenta donde me encargaron tiras de comics para una revista semanal. Y con muchos problemas, fui empezando a salir adelante porque, “poco a poco”, ya podía pagar la pensión y comer con más frecuencia y regularidad.

Fueron pasando los meses, llegó la primavera y un buen día, en la Puerta del Sol...me encontré con el pintor almuñequero don Antonio Domínguez de Haro quien se sorprendió mucho de verme en Madrid. Y como se ve que, en la vida, algunas casualidad —que llegan por sorpresa— son cruciales para algunas personas, esa fue la mía. Don Antonio se interesó por mí, de donde estaba, qué hacía, etc. Y, lo mejor de todo, fue que me informó e indicó dónde había un marchante húngaro que compraba muchos óleos a muchos pintores. Era —me dijo— Esteban Etienne Skeres. Y me dijo dónde tenía la tienda y al día siguiente, a primera hora, me fui a la dirección que me había dado. ¡Fue un milagro! Esteban me compró los cuatro cuadritos que yo llevaba encima y, además, me encargó varios más. Durante varios años estuve suministrando cuadros a este marchante, ese fue mi

primer trabajo serio y continuo. Y a pesar de que pagaba poco, a mí me sirvió mucho, no sólo por que cobraba, sino por la práctica continuada y la variedad de temas que tenía que pintar, según su demanda. Y otra cosa más importante: que este trabajo me introdujo en el ambiente artístico donde conocí a muchos pintores, — cosa muy importante para un pintor— en el mundillo de los marchantes, donde empecé a ser conocido. Y tengo que decir que gracias a esto, desde aquellos días, nunca he dejado de pintar ni a quedarme sin trabajo. A partir de entrar a formar parte del mundo de pintores y marchantes, a lo largo de toda mi vida han venido a buscarme unos y otros y han sido varios con los que he trabajado más asidua e intensamente. Eso me proporcionó una suficiencia y estabilidad económica.

Fue tan positivo este paso que di en mi vida, que al llegar el primer verano en Madrid, pude regresar a la ciudad que me vio nacer, Motril, henchido de gozo y alegría, llevando varios regalos para mis padres y para mi hermana. Ni que decir tiene la satisfacción y alegría de mis padres de ver a su hijo salir adelante en su aventura madrileña. Nunca llegaron a saber las penalidades, las fatigas y la soledad que yo había pasado en aquellos meses para no rendirme y conseguir hacer realidad el sueño de mi vida: pintar, pintar y pintar. Y vivir *con* y *de* la pintura.

VII

...A partir de aquí, mi vida dio un vuelco radical: compartía mi aprendizaje que, con mayor o menor intensidad seguí realizando con un continuo trabajo como pintor profesional. Trabajé con varios marchantes, que me hacían encargos de trabajos con distintos motivos y ya fue un no parar.

Recuerdo a un marchante norteamericano que le encantaban las marinas y temas típicos de España (figuras y estampas de gitanos del Sacromonte) que me encargaba trabajos de este tipo. Otro marchante muy importante fue Antonio Barrios, con el que trabé, además de la relación profesional, una gran amistad. Antonio vendió muchos cuadros míos en los mercados de medio mundo. Hasta de Japón llegaban cada verano compradores para adquirir una enorme cantidad de cuadros, entre los que siempre iban algunos míos. Y hubo algunos marchantes más. El último de ellos fue la casa de la familia Navas, con quienes trabajé durante muchos años.

Aparte de los trabajos para cubrir la demanda de los marchantes, estaban las galerías de arte donde tenía las posibilidades de exponer de forma individual o colectiva, permanente o temporal. Estos trabajos para atender, las demandas de los marchantes y los encargos de personas particulares han sido la tónica de mi ocupación que ha materializado aquella ilusión por la pintura que se despertó en mí siendo muy niño.

Sobre las exposiciones, recuerdo una que fue...otra casualidad de mi vida. Un día estaba visitando la exposición de un amigo, también pintor, que se realizaba en la famosa galería Infantas; contemplando, detenidamente, uno de los cuadros que se exponían y el cual me había llamado la atención. De pronto noto que me dan unos golpecitos en el hombro y alguien me susurra, cerca del oído un "¿Tú eres Pineda, aquel chico que me salvo la vida en el río Manzanares, en Mingorrubio El Pardo? Volví la cabeza y mi sorpresa fue mayúscula al encontrarme delante de mi a un antiguo amigo, un chico que doce años antes había sido compañero de clase en la Escuela de Artes y Oficios de la calle Palma. Y efectivamente, un día que fuimos un grupo de amigos a bañarnos, este estuvo a punto de ahogarse y como pude lo saqué del agua; en ese momento nos fundimos en un fuerte abrazo. Y la fortuita casualidad no fue otra que mi amigo Eugenio Berrón, además de ser uno de los que exponía, era, junto a su esposa Rosa Mari, los encargados de la sala de exposiciones, sala muy acreditada en Madrid en aquellos momentos. Gracias a ese encuentro pude realizar varias exposiciones en esta galería y fue una de las etapas más fructíferas, artísticamente hablando, que tuve por la difusión que tuvieron mis trabajos, en prensa y revistas de arte. Aún hoy día Eugenio y yo nos seguimos viendo y manteniendo nuestra larga y entrañable amistad.

No quiero dejar pasar el recuerdo tan extraordinario que tengo de un viaje que hice, allá por los años 70, a Las Alpujarras granadinas. Un lugar que pese a estar cerca de mi tierra natal, nunca había tenido la ocasión de visitar anteriormente. En este primer viaje, quedé impresionado por la belleza del paisaje, su arquitectura, sus callejuelas, el blanco de los pueblos alpujarreños y sus gentes. Esta visita penetró en lo más profundo de mi ser, tanto que, a partir de aquella visita, he sentido la influencia de aquellas tierras y las he

plasmado en numerosos cuadros de mis posteriores exposiciones. Aún hoy día, me recreo y gozo cuando plasmo algún paisaje, algún detalle de Pampaneira, Bubión, Capi-leira, Fuente Agrilla, de Pitres, Pórtugos o Trevélez...Han sido tantos los cuadros con motivos alpujarreños que creo que deben andar repartidos por medio mundo.

Otro capítulo de mi vida es pertenecer como socio a la Casa de Granada en Madrid; dirigida en la actualidad por don Francisco Almendros, anteriormente por don José Martín Correa.

Desde hace cuarenta años ha existido la asociación de motrileños en Madrid la AMEN, creada por don José López Rubio, Antonio Fortes, José López Lengo etc. etc. fue un gran acierto, ya que nos fuimos incorporando a esta asociación una gran cantidad de motrileños afincados en Madrid.

Cada equis tiempo, teníamos por costumbre hacer una comida de hermandad para reunirnos y recordar nuestras vivencias, así como disfrutar de la gastronomía motrileña; en alguna ocasión me toco hacer de cocinero con Antonio Fortes, por supuesto fueron unas celebradas "migas" que aprendí de mi madre cuando era pequeño.

Aún en la actualidad, seguimos estas reuniones en la Casa de Granada en Madrid, aunque con menos asiduidad, ya que por desgracia falta mucha gente, pero si asistimos a actos culturales que la Casa de Granada ofrece a socios y al público en general.

VIII

...Ahora, con más tiempo disponible, estando ya jubilado y siendo abuelo de tres preciosos nietos, Jorge, Lucía y Javier —fruto de mis queridos hijos— que me llenan la vida con su presencia y su cariño, sigo con mi inquebrantable pasión, pintar, ya lo hago con mayor satisfacción si cabe, antes lo hacía por pasión, empujado por la necesidad de sacar adelante a mi familia. Ahora lo hago por puro placer y pinto cuando quiero, como quiero y sobre lo que quiero. Sin ninguna exigencia de nada ni de nadie y complemento mi satisfacción dedicando algunas horas a dar consejos y enseñar —desinteresadamente, por supuesto— a aquellas personas que muestran interés por la pintura y por el dibujo. Lo hago como agradecimiento por lo que la vida me ha dado y para compartir con quien lo desee lo poco o mucho que yo he aprendido a lo largo de tantos años en esta ocupación y, a la vez, devoción, que he tenido. Doy clases, como voluntario, en dos centros de mayores de La Vaguada y Ginzo de Limia, donde pintamos y lo pasamos muy bien disfrutando de lo que a todos los asistentes nos gusta: pintar. Y me enternezco cuando algún asistente me da las gracias por ayudarle a recuperar la ilusión que cuando niños no pudieron realizar. Y yo...muy contento.

Porque es una gran satisfacción, en esta última etapa de mi vida, poder hacer felices a los demás con algo que ha sido mi ilusión, mi pasión y mi vida: pintar.

Y para finalizar quiero dejar estas palabras que resumen mi pintura y mi vida artística: “La tierra de mi nacimiento

está ligada a mi pintura por sensaciones de luz y color, sentimientos y vivencias acumuladas en mi juventud, que llenan mi paleta de nostalgia cuando pinto cualquier motivo, rincón, calle, o plaza”.

ANTONIO RODRIGUEZ PINEDA

Pinceladas biográficas

Nace en Motril (Granada) en 1939. A los doce años ingresa en la Escuela de Artes y Oficios de Motril para iniciarse en el estudio del dibujo. A los diecisiete, viendo sus profesores sus progresos, le apoyan para que se traslade a Madrid a seguir su aprendizaje del dibujo y de la pintura. Así, se incorpora primero a la Escuela de Artes y Oficios y después a Bellas Artes. Durante cuatro años va alternando el dibujo del cómic y de la pintura con sus estudios; más tarde se dedicará exclusivamente a la pintura.

Hace su primera exposición en Motril en 1962. A ésta le seguirán otras muchas: Guadalajara, Avilés, Benavente, Hoyo de Manzanares, Madrid...

Ha sido galardonado con el primer premio en la Escuela de Artes y Oficios de Motril en los años 1950, 51, 53 y 54. En Madrid obtiene el segundo premio en los años 1956 y 57 en las Escuela de Artes y Oficios y el primero en los años 1958, 59 y 62 en el apartado de dibujo y pintura.

Sus cuadros se encuentran distribuidos por todo el territorio nacional y en colecciones privadas de Alemania, Francia, Japón y Estados Unidos.

Exposiciones Colectivas

1963 Concurso Provincial de Arte. Madrid

1964 Concurso Provincial de Arte. Madrid

Centro Cultural Recreativo. Motril
1967 Galería Roma. Madrid
1970 Galería Roma. Madrid
1972/73/74/75/76/81 Feria del Regalo. IFEMA. Madrid
1989 20 Artistas Motrileños. Motril
1991 I Concurso Nacional de Avila
1992 II Concurso Nacional de Avila
1995 Al sur, Motril
1997 IV Certamen de Pintura del Ilustre Colegio de Abogados. Madrid
1998 Almoneda
Pintores de Madrid. Galería de Arte S.A. Pamplona
2004 I Certamen Nacional Pequeño formato. Galería Infantas. Madrid
2009 III Certamen Nacional de Pintura Ramón Portillo. Motril
Certamen de Pintura "1000 Obras de Arte en Molvizar"
Ganador del Concurso de Carteles de Fuencarral. Madrid
2011 Ganador del Concurso de Carteles de Fuencarral. Madrid
2017 Certamen Nacional de Pintura Ramón Portillo

Exposiciones individuales

- 1962 Casita de Papel. Motril
- 1967 Guadalajara
- 1979 Biblioteca Municipal. Motril
- 1981 Lar Gallego. Avilés
- 1988 Caja Zamora. Benavente
- 1990 Centro Municipal. Hoyo de Manzanares
- 1991 La General. Motril
- 1993 Centro Municipal. Hoyo de Manzanares
- 1998 Galería Infantas. Madrid
- 2001 Galería Infantas. Madrid
- 2009 Centro Municipal. Hoyo de Manzanares
- 2010 Sala de arte Miraflores de la Sierra
- 2011 Centro Cultural Valle Inclán
- 2018 Centro Cultural Alfredo Kraus

Críticas

“El color y la luminosidad que con tanta intensidad brotan del pincel de Pineda nacen de sus cuadros una invitación a la alegría”.

(Exposición Mayo 98)

“Bien elaborados y estructurados, sus cuadros atraen por la dulzura sutil implícita en cada pincelada”.

(Correo del Arte. Agosto 1998)

“Ya no sólo representa lo natural sino que es capaz de captar la esencia, el espíritu creando escenarios idílicos colmados de poesía y lirismo”.

(Crítica de Arte. Mayo 1998)

“...eligiendo con gran sentido los encuadres y plasmando un atractivo incuestionable en el conjunto donde el espectador se adentra insensiblemente llamado por el color y la invitación a la paz que brota de sus rincones”.

(El Ideal de Granada)

“...quien como todo pintor del sur de España hace galanuras con las sombras y el sol,...)

“Pero además domina la técnica del mundo montaraz y campestre en sus alamedas y paisajes”

(El Correo de Zamora)

DESCRIPCIÓN DE UN PERSONAJE

Nació un siete de septiembre de 1939 en la ciudad de Motril - (Granada) Hijo de José Rodríguez Ortiz y Magdalena Pineda Peña, ambos naturales de Motril. Como primer fruto de su matrimonio, nació José Antonio, años posteriores nacería una hermana, María. Antonio fue el primer vástago de la familia, de una saga de primos y primas que aumentaron la descendencia familiar, por lo cual él era "el niño" así lo llamaban todos y en especial sus padres. Aquel niño de cabellos como la endrina y tez morena, fue creciendo con dos ilusiones, jugar al fútbol y dibujar. Físicamente era de complejión delgada, puro nervio; de cara agraciada, ojos grandes negros y expresivos, su boca conjugaba con gracia un físico que desprendía bondad.

Llegó a su adolescencia inmerso en ilusiones, soñaba con ser "pintor" era evidente, por muchas propuestas que sus padres le hacían por otros derroteros, todas eran nulas, la suya era de firme convicción, su pasión por la pintura, a la cual quería dedicar su vida.

Era un niño madrugador, con diez años se levantaba temprano para dibujar. A esa edad, ya tenía en su haber infinidad de dibujos, unos propios y otras copias de insignes pintores, como Goya, Velázquez, Sorolla etc. etc. Cumplidos los diez años, cursó matrícula en la Escuela de Artes y Oficios de Motril (Granada) durante los cursos fue un alumno aventajado, hasta los dieciséis años todos fueron éxitos, que el profesor en gran medida supo valorar de forma que le aconsejó su traslado a Madrid, allí tendría más posibilidades para ampliar sus conocimientos y obtener una mejor formación.

Un día, cumplidos ya los dieciséis años, tomó su propia decisión y dirigiéndose a su madre le dijo así: - Mamá me quiero ir a Madrid, allí está mi futuro-. La madre no consiguió quitar la ilusión de aquel adolescente y un mes de septiembre de 1955 partió de su ciudad natal hacia la capital de España. Como único recurso económico, setecientas pesetas en el bolsillo que sus padres le habían dado con una sola condición, que si se quedaba sin dinero, regresara a casa. La economía se terminó, lo paso mal, días y noches pasando hambre, sin comunicar nada a su familia.

En Madrid se matriculó en la Escuela de Artes y Oficios y Bellas Artes, a su vez compaginaba estudio con trabajo, dibujando comics para una imprenta, con lo cual obtuvo sus primeros ingresos para subsistir, así, paso a paso, fue evolucionando su trabajo, economía y conocimientos, llegando hacer realidad el sueño de aquel niño que nació queriendo ser, simplemente “pintor”.

Dedicado toda su vida a la pintura y difundida en sus muchas exposiciones por toda España, sus obras se hayan por Europa, EE. UU. y Japón.

El último premio le fue otorgado en el 2010, con la medalla de oro por su colaboración en el Periódico Cultural Granada Costa, que se edita en Molvizar. (Granada).

A día de hoy, Antonio Rodríguez Pineda sigue siendo un hombre honesto y feliz, consecuente con el Arte que a temprana edad, llamó a su puerta.

Mari Carmen Martín Muñoz
“Carma”

Galería Fotográfica



Acto 1000 obras de arte en Molvizar



Con Alfonso Monteagudo y señora en un acto cultural en Almuñécar



Concurso de pintura rápida en Ávila 1998



Dando clases a mayores 2017



En mi estudio 1980



En mi estudio de Fermín Caballero



En una de exposiciones 1993



Entrega del cuadro La Alhambra de Granada como donación a la Casa de Granada en Madrid 2017



Entrega del primer premio de carteles 2001



Fitur 2010





Mis tres hijos y la esposa de osé Manuel , Juaqui Soltero 1997



M^a del Carmen Martín en una de mis exposiciones 2009



Pintando a mi esposa 2007



Pintando al fotografo motrileño Marcelino Cuevas



siendo novios en 1963



Foto familiar 2005



segundo autoretrato 1959



Primer autoretrato 1957



Autoretrato 2016



M^a del Carmen Martín Muñoz 1961



Calle de Pitres 1998 46x38



El rastro 2010 73x60



La Fuente 1998 41x33



"Bodegón con frutas"

Bodegón 1992



Mimosa 60x73 1998



Plaza de Piedralaves 1987



Puerta del Sol 1997 55x46



Uvas 1998



Primeros dibujos de comics 1952



bodegón 1977



Bodegón 1981



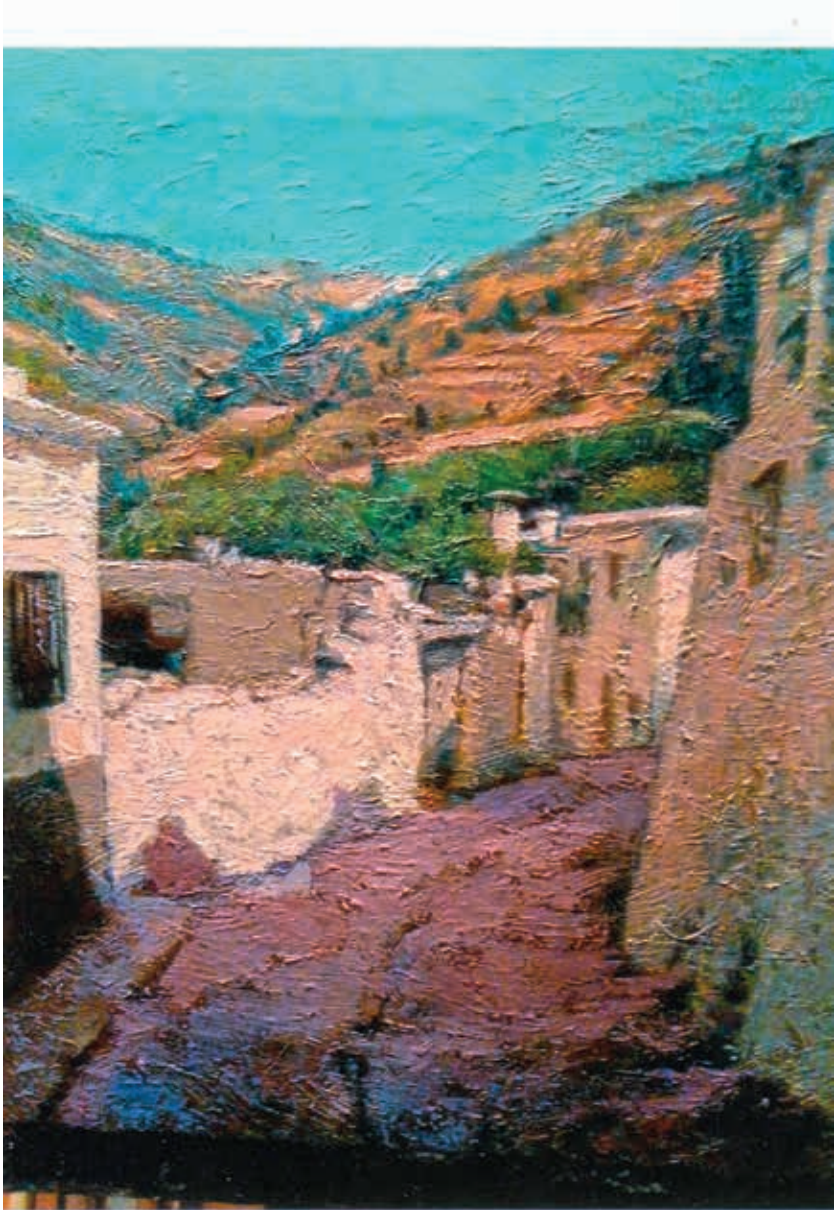
bodegón com membrillos 2006



Brujas (Belgica) 2017



Calle de Alcalá 2008



Calle de Bubiión 2006



Calle de Pampaneira 2011



Casas Alpujarreñas 2010



Gran Via Madrid 2001



Los acarretos Motril 2014



Membrillos 2004



Otoño en Jardín Botánico 2015



Paisaje Alpujarreño 2017



Pastoreando 2002



Puerto Pesquero Motril 2017



Recogiendo Claveles 2014



Santuario Virgen de la Cabeza Motril



Recuerdos de mi hija 1990

EL INSIGNE PINTOR ANTONIO PINEDA



Desear agradecerle a Antonio Pineda, excelente amigo, su dibujo, tan genial como representativo, que me hizo. Él mismo me entregó dicho dibujo en el acto cultural celebrado en la Casa de Granada en Madrid con motivo de la presentación de mi libro "En medio de la sector". Dicho evento lo organizó la Fundación "Granada Costa", con sede en Motiluz (Granada), cuyo presidente y director es José Segura Haro. Yo sé que, para la creación de esta obra sublime, mi agradecimiento es ciertamente minúsculo, pues su labor es extraordinaria.

Antonio es ese amigo que, aunque, físicamente, se encuentre lejos de mí, su amistad colma de dicha mi vida. Es evidente que Antonio me entregó su amistad, como yo a él, porque ambos sentimos que esa amistad creciera, en altura y profundidad, hasta más allá del horizonte invisible.

Antonio me eligió, como amigo, con mis cualidades y mis defectos, sin que nadie ni nada interviniera en su decisión. Por eso, nunca hay suficientes palabras de agradecimiento para el amigo.

Las personas pasamos por diferentes etapas, y el amigo está siempre presente en todas ellas para lo bueno y lo menos bueno que nos acontezca en nuestro



constante caminar por los senderos de la vida. En esta adhesión continua de amistad, conocernos, si ese amigo es de verdad o, simplemente, es falso, y a éste hay que alejarse de nuestra existencia. Dices que quien tiene un amigo tiene un tesoro. Y es verdad. El buen amigo es un bálsamo para nuestra vida y un antídoto contra las desventuras, tanto físicas como emocionales, que nos atapan.

Es evidente que las amistades profundas y sinceras son escasas y, por eso mismas, es necesario que aprendamos a valorarlas. "No camines detrás de mí, refiere Albert Camus, puede que no sea un gail. Sólo camina a mi lado y sé mi amigo".

La auténtica amistad no se inclina por la distancia ni tiene caducidad. Un buen amigo nunca eclipsa al otro, sino que hace que resplandezca y se supere.

La amistad se basa en la empatía. Por ello, comprendemos y nos ponemos en la piel del amigo, es decir, sufrimos con sus adversidades y no olvidamos con sus triunfos.

Una amistad sana y constructiva se encuentra cimentada en determinados valores: la sinceridad, la comprensión, el afecto mutuo, el respeto, la confianza sin límites, el agradecimiento, la lealtad... "Un amigo es una persona, manifiesta Ralph Waldo Emerson, con la que se puede pensar en voz alta".

El amigo se preocupa sinceramente de ti; quiere entenderte



no juzgarte; te ayuda en las situaciones difíciles; sabe escuchar; es sincero y tiene mala memoria... "Una de las más bellas cualidades, dice Séneca, de

la verdadera amistad es entender y ser entendido".

Por todo lo expuesto, me voy a acordar de Antonio y yo cultivamos la imprescindible planta de la amistad.

Comentario sobre Antonio Rodríguez Pineda:

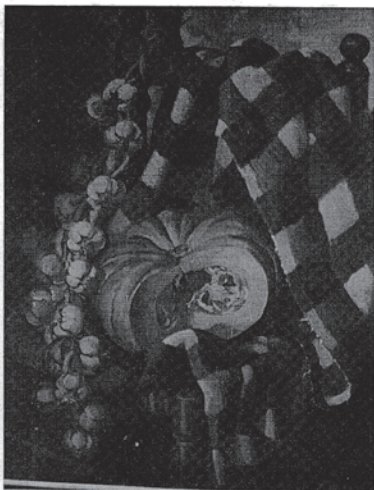
Al citarnos ante la pintura de Pineda, sentimos que nos incita a su contemplación, entre luces y sombras, brillos y reflejos caracterizan su pintura de matices armónicos con detalles capaces de impresionar "verdaderos estallidos de luz y color".

Carmen Arriaga.

Costa

ANTONIO RODRIGUEZ PINEDA, PINTOR

“Motril no cabe en un cuadro, sino en muchos”



Ayer por la tarde, el pintor motrileño Antonio Rodríguez Pineda, ofreció una charla-coloquio en la General, sobre “El pintor y su entorno”. En ella, trató de explicar a los asistentes los pormenores de las obras que se pueden contemplar, en estos días, en la Sala de Exposiciones del mismo Centro Cultural.

Horas antes del acto, pudimos conversar con el artista, sobre la doble vertiente de su personalidad: el motrileñismo y los pinceles que le permiten plasmar los rincones de la ciudad en unos pocos centímetros de tela.

EL FARO
MOTRIL

- ¿Motril cabe en un cuadro?
- Hombre, no en un cuadro, sino en muchos. Por lo pronto he presentado doce, con las distintas aceras y calles, así que hay rincones, y muy bonitos además.
- Hay quien dice que se están acabando los entornos históricos de la ciudad.
- Sí, la verdad es que han desaparecido muchos rincones artís-

ticos que antes existían, muchos casses se han derribado, aquellas que eran tan bonitas; pero además se está perdiendo el estilo en Motril.
- ¿Que le parece un movimiento de artistas que se está gestando en Motril?
- Me parece maravilloso que se muevan los pintores, y ojalá que lo consigan. Yo sería el primero en apoyarlos.
- ¿Qué es la pintura si la miramos

desde fuera?
- La pintura es un sentimiento. No importa casi nada más que cuando mires un cuadro, te llegue; bien por el color, bien por el estilo. Que te impresione. Lo peor que puede pasar es que pases de largo.
- ¿Existe una tradición de comprar obras entre los motrileños?
- La verdad es que no. Yo expuse hace once años, y lo vendí casi todo, pero quizá porque tengo muchos amigos. Alguien de fuera, desde luego es muy difícil que venda en una exposición.
- ¿Tiene alguna especialidad a la hora de elegir temas?
- Los bodegones es lo que mejor se me da. Quizá son mi especialidad, porque es lo que más hago, y lo que más vendo. También he hecho retratos, aunque últimamente hago pocos. La verdad es que me gusta la pintura, en su conjunto, a la que le he dedicado muchos años, y por eso en realidad pienso que cada cosa tiene su encanto.
- ¿Vive de la pintura?
- Sí; vivo de ella desde que era joven. Claro que esto no lo puede decir todo el mundo, he tenido mucha suerte. Nunca he expuesto en solitario en el extranjero, pero tengo un mecenas que me compra todo lo que hago, y luego él ya lo distribuye por distintos centros de Estados Unidos, Francia, Japón.
- ¿Dónde le gustaría colgar uno de sus cuadros?
- Sin duda, en el Museo del Prado. Es un sueño para cualquier pintor, y también para mí. Quizá más cerca, en el Ayuntamiento de Motril, que no hay ninguno mío.

- ¿No se ha desbordado un poco el precio de las obras pictóricas?
- Sí, sí, la verdad es que sí. No se bien a qué es debido, pero no es lógico que un cuadro, aunque sea famoso, alcance los precios que todos sabemos. A lo mejor es porque los japoneses están en un plan que todo lo compran, todo lo quieren para ellos. Y algunos americanos también. Pero está desorbitado.
- ¿Compramos cuadros para presumir delante de los amigos?
- Sin duda, tener un cuadro original en casa que se sepa cotizado, da una imagen de mayor calidad de vida, y por eso lo compran algunas personas, sin pensar si de verdad nos gusta o no. Por eso hay esta cantidad de cuadros falsos, que se está comerciando con ellos cómo si fueran auténticos.
- Si no hubiese sido pintor, ¿Qué hubiese sido?
- La verdad es que no lo sé. Tal vez carpintero, como mi padre.
- ¿Cuál es el cuadro favorito?
- Que no sea mío, “Las Meninas”. Por su sencillez, por la pincelada, por la luz, por todo. Es el ideal de la pintura.
- Sin embargo, usted maseja la luz de otra forma muy distinta.
- Me gusta la luminosidad en mis obras. Depende de lo que está haciendo en ese momento, si es un bodegón, si es una calle a la luz del día, para que sea más o menos oscuros.
- ¿Qué le parece Mariscal?
- Pues que aunque hace cosas buenas, en realidad, es un producto de márketing.

EL FARO
DIARIO

C/ Fray Vicente Pinilla, 17
- Telfonos: 82 06 19
Redacción: 82 06 19
Administración
y Suscripción: 82 13 99
Publicidad: 82 16 20
Fax: 82 34 18
MOTRIL

Antonio Rodríguez Pineda, pintor motrileño expone en la Biblioteca del 11 al 19

Desde los días 11 al 19 de este mes, coincidiendo con las fiestas de agosto, expondrá en la Biblioteca Municipal el pintor motrileño Antonio Rodríguez Pineda. Esta exposición se enmarca dentro del ciclo de actividades culturales que la Comisión de Cultura del Ayuntamiento motrileño está llevando a cabo.

Antonio Rodríguez Pineda nació en Motril hace cuarenta años. A los dieciséis marchó a Madrid donde, tras una sólida formación pictórica en la Escuela de Artes y Oficios y en Bellas Artes de Madrid, inicia su actividad dentro del mundo de la pintura.

Su exposición en nuestra ciudad la componen más de una veintena de cuadros, preferentemente paisa-

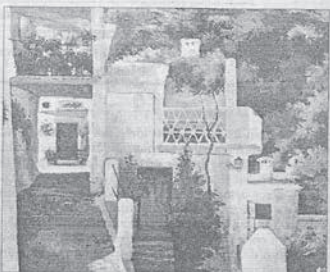
jes y bodegones. No podía faltar en dicha exposición el motivo típicamente motrileño como lo pueda ser el cerro de la Patrona y las cañas de azúcar. Pero donde se resalta el arte de Rodríguez Pineda es en el colorido de sus bodegones.

Durante las fiestas, una exposición de pintura de un motrileño para los motrileños.

BOUTIQUE
EBANO
Vestidos de novias
y madrina
TEJEDORES, 3 MOTRIL

EL FARO

Viernes 22 de junio de 2001



Paisajes de Pineda

La galería de arte Infantas presenta estos días una selección de paisajes de Pineda. El pintor granadino muestra aquí el fruto de una larga trayectoria artística, llena de vivencias y sensaciones de luz y de color.

Sus oleos son un relax para la vista, un regalo luminoso y sereno, de cuidada y exquisita composición.

Vista alpujarreña, La Barranca, Granadas y uvas, Calle de Capileira, Calle de Pitres, Rincón de Bubión, o la serie Casas de Pampaneira son buena muestra del talento y la sensibilidad de este artista, cuyos

cuadros se encuentran distribuidos por toda España y en colecciones particulares de Alemania, Francia, Japón, Estados Unidos y Portugal.

En los cuadros que llevan por título Casas de Pampaneira destacan las vistas de las viviendas modestas, enclavadas y luminosas, con los pequeños toques de verde intenso de algún árbol: ambientes en los que flota una luz tamizada y poética.

Pineda. Galería de arte Infantas. C/Infantas, 19. Tf: 91-521.61.02. www.arteinfantas.com. Hasta el 30 de junio.

29-5-98

Expansión VIERNES 20 DE



Pineda, en Infantas

El color y la luminosidad que con tanta intensidad brotan del pincel de Pineda hacen de sus cuadros una invitación a la alegría. Pineda ha basado gran parte de su obra en motivos de su tierra andaluza, aunque no ha sido insensible a los encantos de Madrid. Así lo demuestran trabajos como Puerta del Sol y El Rastro. Otros de sus lienzos incitan más a la reflexión y la paz que brotan de las cosas sencillas.

Pineda. Infantas. Infantas, 19. Madrid. Tfno.: (91) 521 61 02. Hasta el 5 de junio.

Pinturas de Baquero y Pineda

JUAN ANTONIO TINTE

Un año jalonado de aconteceres y exposiciones toca su fin para la galería Infantas de Madrid. Con tal motivo la dirección de la sala ha querido contar para este final de curso con la obra de dos autores de importante trayectoria fraguada de esfuerzos, buen hacer y pintura, mucha pintura.

De tal forma, el margen derecho, donde se ubica la obra de Pineda, nos seduce dejándose tentar a su vez, por un caudal disperso, abriendo la pintura en una suerte de impacto y sensación que nos aborda por la vertiente de la luz. Buscando y ahondando en el universo rural, la claridad de estas pinturas secundan en gran medida el impulso vital que las ordena, instalándose como un suave manto ahorrando recodos a las sombras, aun cuando existen conformando el paisaje.

Blanca de gesto y medida concisa, su pintura se envuelve a sí misma en virtud de la luz, de la holgura con la que los parajes se muestran canalizando un mismo sentimiento cuando son bodegones e interiores los que reclaman atención, mos-

trándose íntimos en colores que se apaciguan atemperados.

Por su parte, Fernando Baquero, pintor de mil respuestas a otras tantas preguntas que el paisaje en él suscita, ordena sus cavilaciones con la misma mesura de quien se bebe las

sentados a la realidad palpitante sin someterse a su dictado. Baquero, pinta con el saber de quien conoce y la vocación de aquel que se cautiva. De ahí que sus obras nos ofrezcan sugerentes puntos de vista traídos de un Aranjuez siempre en su sentir,



"Aranjuez, Puente sobre el río Tajo", obra de Fernando Baquero

imágenes que la vida le ofrece saboreando cada instante.

Así, el autor rinde homenaje perpetuo a la sensibilidad; trabajando los pinceles cargados de emoción para, sobre el lienzo, evaporar su contenido caminando por senderos que, tan melancólicos, se ajusten repre-

de jardines y calles, de puertos y panoramas tratados con específico talento de pintor; y en ello, dar con ese matiz de nostalgia y gusto por la elegancia construida para siempre en el tiempo.

(Galería Infantas, Infantas, 19. Hasta el 30 de Junio)

Pineda, o el color del Sur

Galería Infantas, del 19 de mayo al 5 de junio



La Alpujarra. Oleo/Lienzo.

Antonio Rodríguez Pineda (Motril, Granada 1939) es un artista alegre y conforme con lo que la naturaleza le ha ofrecido al nacer. Quiero decir que nunca ha sentido el inconformismo vital del que quiso y no pudo

ser aquello en lo que creía. El, desde muy niño, decidió su vocación, eligió su camino y a ello se consagró en cuerpo y alma ingresando en la Escuela de Artes y Oficios motrileña para iniciarse en el estudio del dibujo. De allí, a Madrid, a la escuela homónima primero y a Bellas Artes después. Y ninguna otra actividad lucrativa ha

ocupado ni su trabajo ni su tiempo de ocio desde entonces.

Con dieciséis años realiza su primera exposición en su ciudad natal; más tarde, España se queda pequeña para la oferta de su obra siempre verídica y siempre muy sentida.

Premios, distinciones, adquisiciones de cuadros para colecciones privadas de Alemania, Francia, Japón, Estados Unidos... Pero todo eso sólo le sirve a Pineda para afianzarse en su modo de hacer, en su tarea, en su estilo.

El realismo—sin adjetivos—es el camino estilístico que nuestro pintor ha elegido. Y ese realismo no sólo no se atempera con la luz y el color del Sur sino que tiene en esos componentes su mejor aliado.

Pineda, él lo manifiesta siempre que puede, es un enamorado de la luz—cosa distinta a la luminosidad—de la luz incidiendo con fuerza en un paisaje serrano o urbano, en un atardecer sobre el azul de mar o en una amanecida alpujarreña. En esta muestra que hoy se ofrece en Madrid, pue-

de el aficionado o el simplemente curioso, gozar de todo ello. Y a los paisajes sureños o matritenses, hay que añadir alguna muestra con figura del tipo costumbrista que tanto adusto tiene y que da la medida cabal de un pintor cuajado, honesto, veraz, que en esta primavera se asoma al casticismo madrileño de la calle de las Infantas.

Galería Infantas
Sala de arte

Infantas, 19 - Tel. 521 61 02
28004 Madrid



ANTONIO RODRIGUEZ
PINEDA
(Del 19 de mayo al 5 de junio)

LA NACION

LN

SEMANARIO NACIONAL INDEPENDIENTE

15

Arte M^o del Carmen
Antón Martín

PINEDA



Temas cotidianos como calles, fuentes o bodegones representa Pineda con colores vivos, alegres, repletos de luz.

En sus paisajes, urbanos o rurales los colores son los auténticos protagonistas junto con un gran conocimiento del dibujo. Su pincelada ágil y libre proporciona movimiento a las flores y árboles al mismo tiempo que resuelve su dibujo de forma rápida y contundente. La luz recorre con suavidad los edificios originando ambientes agradables y primaverales, potenciados por los colores así como por el claro y resplandor del azul del cielo. Se trata de calles desahucadas pero repletas de vida. No se observan personajes pero se intuyen. Ya no sólo representa lo material sino que es capaz de captar la esencia, el espíritu creando escenas idiosas colmadas de poesía y lirismo.

Se mueve dentro de un realismo-clásico pero trasladado a su inspiración dejando patente su propia personalidad. Pineda puede materializar obras donde

no existe una profunda minuciosidad como también puede realizar lo contrario. Ejemplo de esto lo hallamos en uno de sus bodegones donde exhibe una mesa con cebollas, un jarrón con rosas y sobre la mesa un paño blanco bordeado por una pumilla donde no le falta ni una gota de color. Se comprueba su detallismo y laboriosidad. Acrecienta en esta obra su fuerza cromática basada en la facultad de captación para ver el color natural. La luz, que sigue siendo principal, procede del exterior del ángulo derecho del lienzo, iluminando a los diversos componentes resaltando sus tonalidades. En los dobles o pliegues del paño esta iluminación proporciona un juego de colores ya que origina las sombras, no por medio del tradicional claroscuro sino por el empleo del color.

Sus obras están respirantes, de vitalidad y optimismo donde se perciben los colores y sensaciones características, dada la realidad con que los pinta, pero en todos ellos plasma su impronta.



*Antonio Pineda junto al escultor Francisco Ávila
en las "1000 obras de Arte en Molvizar"*



Antonio Pineda junto su esposa



Antonio Pineda junto a unos amigos en las "1000 obras de Arte en Molvizar"

Primera exposición antológica de Antonio Rodríguez Pineda, en Motril

"La pintura es un gozo, un gran placer"

Motril cuenta con un artista, sí, Antonio Rodríguez Pineda que es noticia por la exposición de pintura que presenta, dentro del calendario festivo, es decir, desde el 11 hasta el 19 de los corrientes. Expone 25 obras de bodegones y paisajes, nombres como: Atardecer en Vélez de Benaudilla, en reposo, Pórtugos, Capileira, Buhión, etc. Lugar: la Biblioteca Municipal. Organizada y patrocinada por la Comisión de Cultura. Los precios oscilarán entre las 10.000 a 30.000 pesetas. Viendo su pintura tenemos que decir que es ante todo figurista, con grandes toques impresionistas, siemas, aires y azules, con tonalidades griseas, paisajes alpujarreños y alcarreños.

Puesto al habla con Antonio, tuvimos una amable discusión para dar esta bienvenida sincera a un motrileño que pocos conocen de esa gran labor pictórica realizada íntegramente en Madrid, nos fuimos a un bar y allí pudimos recoger sus opiniones, criterios y frases de un auténtico profesional de este arte.

Antonio Rodríguez, marcha a Madrid a la temprana edad de 16 años, ayudado como él mismo nos dice, por otro hombre inolvidable, Paco Mejías, que lo alentó y le dio ese empuje necesario a un niño que quería pintar, casado, tres hijos, empieza su sentir de formas y sueños con 10 años, y será dibujando tebeos, donde descubre las líneas de su futuro, que siempre sin descanso le seguirán en el curso de su trayectoria artística, afincado en la capital de España, hoy, a la edad de 40 años, viene a traernos su

arte en una exposición antológica que los motrileños tenemos que darle la bienvenida a otro artista de nuestra tierra.

Le preguntamos:

—¿Cómo es tu pintura?

—Tu digo en primer lugar que no soy yo el más indicado para juzgarla, pero quiero dejar bien claro que lo que sí me preocupa es que diga algo, quiero que la gente que vea mis obras se lleven

económico, pues esto es sin lugar a dudas una desviación, que aunque lógica, pues hay que vivir, hay también que buscar el tiempo para que tu caminar no se vea truncado.

—¿Qué es la pintura? (le preguntamos respondiendo con mucha rapidez):

—Es un gran gozo, un auténtico placer, es descubrir siempre algo nuevo, que te llena día a día.

"La pintura debe ser figurativa; con una motivación o transfondo, bodegones y paisajes; es el motivo de la exposición"

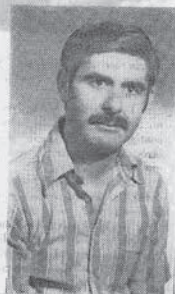
ese mensaje, un transfondo social y humano.

—Habla a los motrileños de tu exposición.

—Esta va a ser la primera que realice en Motril, y puedes figurarte la ilusión que tengo para que mis paisanos vean lo que puedo aportar a este mundo, realmente he elegido bodegones y paisajes por dos razones fundamentales: una por lo asequible de ver, y la segunda, por el factor tiempo que ha influido grandemente, también decir, que solamente pido que la gente quede satisfecho y que asista al lugar. Estas serían quizá mis pretensiones, ya que la venta, pienso quedarme relegada a un plano mucho más secundario.

—¿Cuál va a ser el futuro de Antonio Rodríguez?

—Trabajar siempre duro, buscando nuevas formas, pintar lo que considero valioso, quiero pintar para mí, sin pensar en lo



—¿Qué has visto en Motril de arte?

—La verdad, muy poco, algu-



nas obras aisladas de Pepe Baeza, al que considero un gran pintor, la exposición de plasmillas de Manuel Rodríguez, y a mi gran amigo Pepe Melero, al que por igual considero otro gran artista. Estuvimos charlando durante un gran rato sobre temas muy diferentes.

Las circunstancias de los pintores noveles, sus cauces tan limitados, sus problemas, las influencias y los caracteres personales; esos contrastes de hombre del sur, acostumbrado a la luz, esa luz intensa que quiere y refleja, en contrapunto con ese gris amorfo de Madrid. También contactamos opiniones de este nuevo Motril, coincidiendo en esta evolución de pueblo. Le pedimos que nos hablara sobre la pintura hoy en España, respondiéndonos: que del inconformismo se ha pasado a una tendencia mucho más figurativa, buscando los pintores hoy una sencillez, una motivación, punto por punto nombres de artistas: a los hermanos Segura, el malagueño Revollo del Toro, diciendo de él palabras como: INCREBLE y FABULOSO. Le preguntamos su opinión sobre Picasso, nos siguió hablando del hueso que ha dejado en la pintura, un camino a seguir, lo abstracto —dijo en una ocasión Picasso—, que a él lo habían hecho grande gracias a la imbecilidad de la gente, temas pues interesantes, que nos han hecho comprender el alma de un motrileño, amante de su pueblo, que lleva muchos años recogiendo semillas, buscando formas oníricas, sueños, y ese mundo tan personal de Antonio Rodríguez, treinta años dedicados por entero al arte son muchos para comprender en esta entrevista este perfil humano y pictórico, de un motrileño más, tenemos una cita, una importante cita en la biblioteca, ¿Será profeta en su tierra?, los que lo hemos conocido pensamos que debe ser así. Bodegones y paisajes, tema pues interesante, para estas fiestas que repito se inauguran con bellas perspectivas en Motril. Gracias por esta tertulia, en un bar, tranquilo, con nuestra luz, con tu luz intensa de esta hermosa costa, que bien has demostrado plasmar.



Hay muchos motrileños que por una u otra causa, siendo destacados en alguna faceta cultural, son poco conocidos entre nosotros, y este es el caso de Pineda, que ha expuesto el

mes pasado en la sala de arte «Galería de las Infantas», de Madrid, teniendo un éxito sin precedentes, llevando nuestra cultura a la capital de España, con sus óleos de paisajes alpujarreños. Como era de esperar, las críticas no han podido ser mejores.

El que suscribe no ha tenido el gusto de conocerlo, pero lo que escribo sobre él ha sido asesorado por nuestro amigo y colaborador José López Lengó, atento como siempre a la cultura motrileña, el cual me envió un tríptico en el que vienen algunas fotografías de las pinturas expuestas.

«El autor transmite con fruición - se percibe- emociones que palabras no pueden expresar y que sólo el arte acierta a sugerir. Si el tema es el urbanismo popular del siglo decimonónico, el protagonismo es para el deslumbrante blanco-cal de la casuca, matizado con el añil y el rosicler de las penumbras y los reflejos y el gris del desconchón, contrastando con los rojos de las jarapas, de los

geráneos, de los orejones de tomate ciruela, de las uvas de Ohanes, de la granadas ¡coronados joyeles de jugoso granates!» (José López Lengó. Madrid junio de 2001)

Su biografía: Nace en Motril, en 1939. A los 12 años ingresa en la Escuela de Artes y Oficios de Motril, para iniciarse en el estilo de dibujo, viendo sus progresos y la ilusión de dedicarse a esta profesión, se marchó a Madrid (sin haber cumplido los 16 años), donde prosigue sus estudios de dibujo y pintura en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid, y un año en el Circuito de Bellas Artes.

Alterna el estudio y el trabajo de cómic, yendo durante tres años al estudio de su profesor y amigo Antonio Solís Ávila, dibujante de ABC y gran pintor de quien guarda muy buenos recuerdos por todos los consejos recibidos.

Desde entonces inicia una larga trayectoria. Sus cuadros se encuentran distribuidos por toda España y en colecciones particulares de Alemania, Francia, Japón, EE.UU. y Portugal.

Ehonorabuena, paisano, que estas palabras han sido para mí un orgullo hacerlas, y que desde este momento, como amigo, te emplazo a que te unas a nosotros en la exposición de pinturas anual que realizamos los mayores motrileños, para que por lo menos podamos ofrecer a la vista de tus paisanos algún cuadro tuyo.

Un abrazo.

EXPOSICION DE PINEDA EN MADRID



El pasado 19 de mayo en la Galería Infantas, nuestro paisano **Antonio Rodríguez Pineda** inauguró nueva exposición de óleos sobre paisajística urbana y rural.

La prestigiosa Revista «Crítica de Arte» (nº130. Madrid. Mayo 1998), ha realizado un minucioso análisis técnico-artístico de la Exposición; mientras que el «Semanario Nacional Independiente» destaca la trayectoria del pintor y la evolución de su pintura. Si la crítica especializada ha sido elogiosa no menos satisfactoria ha sido la respuesta comercial.

No obstante lo dicho, cabe resaltar dos características constantes en el pintor. Una artística: el talento natural para transformar la luz en color, para iluminar el espacio.

La otra es de personal resolución: el motrileñismo. En esta muestra la rúbrica de origen está en el cuadro «Mimosas». Un velador junto a una ventana sostiene un búcaro de gualdas mimosas; al lado una gafas y un libro abierto; en una de las páginas la Ermita del Carmen, en la otra el Santuario de La Cabeza.

¡Qué firma de Patria Chica!

José López Lengo

EXPOSICIÓN DE ANTONIO RODRIGUEZ PINEDA

C.C. VALLE INCLAN DEL 1 AL 30 DE ABRIL

ANTONIO RODRIGUEZ PINEDA

PINCELADAS BIOGRÁFICAS

Nace en Motril (Granada) en 1939. A los doce años ingresa en la Escuela de Artes y Oficios de Motril para iniciarse en el estudio del dibujo, viendo sus progresos y la ilusión de dedicarse a esta profesión, marchó a Madrid sin haber cumplido los dieciséis años, donde prosiguió sus estudios de dibujo y pintura en Artes y Oficios y Bellas Artes.

Ahí termina el estudio y el trabajo de cómic. Desde entonces inicia su larga trayectoria pictórica llena de vivencias y sensaciones de luz y color.

Hace exposiciones en Motril, Avilés, Benavente, Guadalajara, Pamplona, Avila, Hoyo de Manzanares y en Madrid, además participa en infinidad de exposiciones colectivas por toda España.

Sus cuadros se encuentran distribuidos por todo el territorio nacional y en colecciones particulares de Alemania, Francia, EE.UU., Portugal y Japón.



Parque Norte



Palacio de Cristal



La Cibeles



Gran Vía



El Rastro

de las empujadoras d e Alemania. Y que está siempre en qu ebrada en el camino. - mucha gente de la mitad - a donde había que enviar en su avión o unas poderosas "juntas" de buelas que tenían más cabellos que aquellas primeras cachas con motores de gasolina.

Para poder haber una situación semejante a la de Región Galabria, aunque de matriz política, una disputa sobre cuál fue la capitalidad del nacimiento de quien fue catedrático mío en el segundo curso de la Facultad de Medicina. Sucedió aquello cuando yo no había entrado aún en la Universidad ni leído la plaza sobre la concesión del premio Orvela que conopea a su entrada; pero sí había surgido la crisis del "popelitas" que había provocado aquel político hablo, inteligente y de coque acentuado, al que "El Mantisiano", periódico que dirigiera y escribiera casi totalmente el gran periodista Manuel Delgado Barreto le denominaba "travesura". Y travesura suya fue la de enviar el mismo día que don Alfonso XIII iba a entregar el decreto de disolución de Cortes a don Segismundo Moret, entonces Presidente del Consejo, que representaba darle por anticipado una mayoría en las Cortes para poder gobernar - a desgobernar - que de todo había en la villa del Señor, una certa al Manerico aconsejándole que no lo hiciera. La crisis del "popelitas" llevó a los "Camiseros de la Corona" - una frasa hecha por entonces - a D. José Canalejas y Méndez, uno de los políticos de más valía de este siglo, que apenas contaba con media docena de

del partido consejero era Rector de la Universidad, jefe del que, dice, estaba en coque, senador del Reino y no sé si también presidente del Patronato de la Alhambra, aunque el Solimanó lo ejerciera. d e a Modesto Cendoya un entonaco de Potosí, que dirigiera la construcción del Hotel Alhambra Palace que por derechos de redacción y dirección del

texto que comenzaba c o n aquellos palabras que fue lo único que aprendimos los que fuimos a s i a Almones "Verdad, verdad más a m e n o s bella...". Y con esta ecuanimidad terminó lo que pudo llegar a ser la agresividad de Región Galabria. Pero es que la violencia no es nunca bella y don Federico era un admirador de la belleza.

que cada día que pasa, la madurez se alcanza antes. La televisión, entre otras causas, influye en esto. Pero aún así, la lógica sigue ocupando algún sitio en el Universo y de acuerdo con ella hay que hablar al referirse a la juventud de "maduraciones que es cosa distinta a la emadurez". El joven está en una etapa de

secha. Algo así ocurre con la juventud. Está madurando, va alcanzando plenitud. Para ello necesita de experiencia y del consejo de mayores. Entonces, sólo cuando haya asimilado aquello que por edad desconoce, alcanzará la claridad y auténtica madurez de la que infinitud de casos y ocasiones p r o sume prematuramente.

Aunque la Ciencia adelanta pasos agigantados, con una aceleración desconocida, las leyes que rigen el mundo - y entre ellas de la infancia, la juventud, la dureza y la senectud - tienen constante a través de los siglos. Creemos es imposible cambiar; cada etapa de la vida se requiera algo distinto. La madurez se alcanza en su momento tras una etapa de maduración.

Si alguna vez se consiguen medios menos lógicos y naturales algunas consecuencias sorprendentes que se han obtenido a un ritmo que no es normal, el resultado presenta características especiales. Hoy por hoy no son mejores. Pongámonos un ejemplo basta gráfico: (Acaso las aves de engorde producidas en baterías son mejor que aquellas de siempre que han crecido en un corral).

Apliquemos el ejemplo a la vida de nuestra vida, y saques sus consecuencias.

SECANTE ROJO



Entrega del Toro de Guisando por participar en Cordeñosa Ávila un día de pintura



D. Rogelio Bustos



D. Alfredo Amestoy



D. José López Luengo



D. Rafael García Fajardo



Pintando en el campo

Índice

Prólogo.....	6
Agradecimiento.....	9
I.....	11
II.....	15
III.....	16
IV.....	19
V.....	23
VI.....	26
VII.....	28
VIII.....	31
ANTONIO RODRIGUEZ PINEDA	
Pinceladas biográficas.....	33
Descripción de un personaje.....	37
Galería Fotográfica.....	41

